

su verdadero origen, en la religion de Jesucristo que es la luz del mundo y la que impide que los hombres se sepulten en las tinieblas del error y de la ignorancia! Haciéndolo así, no nos extraviaremos jamas; caminaremos seguros en esta region sombría; y despues de una vida sembrada de punzadoras espinas, mereceremos como nuestro héroe ser admitidos al goce de los bienes eternos en la interminable inmensidad, por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SAN BENITO DE PALERMO.

(DE GARCÍA.)

Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia, et ea, quæ non sunt, ut ea, quæ sunt destrueret.

Eligió Dios lo que es mas débil á los ojos del mundo para confundir á los fuertes, y se valió de lo que nada es para destruir la grandeza y el poder.

I. á los Corint. c. 1. v. 27.

Del seno mismo de las tinieblas saca Dios la brillantez de la luz; en las entrañas de la tierra deposita los mas preciosos metales; y en nuestra misma debilidad hace resplandecer la fortaleza de su brazo, la majestad de su nombre, la eficacia de su gracia, y la magnificencia de su gloria, formando de nada cosas grandes, recogiendo del mas ingrato suelo una abundante cosecha, y sacando de la masa mas vil y despreciable aquellos héroes de santidad, que arrebatan la atencion y los respetos del mundo.

No os sorprendais, pues, si honrando la memoria del grande san Benito de Palermo, le pongo en el número de aquellos instrumentos débiles, de que habla san Pablo á los Corintios. Si desde luego os presento á este admirable varon desnudo de aquellas cualidades naturales que forman los sugetos de primer órden, sin esplendor en la cuna, sin la instruccion de las letras, sin tintura alguna de las ciencias humanas, privado de los honores del siglo, sin apoyo, sin fortuna, sin crédito, sin autoridad, haciendo clase con lo mas vil de la plebe: si yo os presento esta primera idea, no es por entretener vuestra atencion, sino para deducir de su abatimiento la maravilla gloriosa de su brillante elevacion. Este hombre, despreciable por naturaleza,

y el mas pequeño, segun el juicio que le inspiraba su humildad profunda; y en efecto, negro por nacimiento; religioso lego por profesion; idiota, simple, ignorante por ejercicio; pobre y vil por condicion: ¡qué bajeza! Pues luego le vereis arrebatar por los aires en el fervor de su oracion como Elías; conversar con Dios y con los ángeles como Pablo; pronunciar oráculos de sabiduría como Salomon; dar reglas de prudencia á los ancianos como Daniel; tomar bajo su conducta un pueblo de adquisicion; enseñar á Jacob su testamento, y revelar á Israel las voluntades del Señor como Moises; prever los acontecimientos futuros, y ser conocido por profeta del Señor como Samuel; dominar en las cortes de los principes, y hacerse respetar de aquellos á quienes el mundo da sacrilegas adoraciones como Jeremías; hacerse obedecer de toda la naturaleza, mandar á los mares y á los vientos como Eliseo, y esparcir á los países mas remotos el eco de su nombre, y la fama de sus prodigios como Simon, hijo de Onías. ¡Qué elevacion! ¡qué grandeza!

Ella es obra de aquel poder que para destruir y confundir la altanería de este siglo, formó de un rey un contemplativo, lo fué David: de un pastor el caudillo de su pueblo, lo fué Moises: de un hombre sin instruccion, un ilustre profeta, lo fué Eliseo; y de un hombre débil, miserable, contentible, un santo que hace clase con los Luises y Fernandos, sentados en el trono: lo fué san Benito de Palermo, elevado por Dios del polvo de la nada para colocarle entre los principes de su pueblo, y coronarle de gloria.

Dios, en efecto, eleva su debilidad, y corona su humildad con tres ilustres prerogativas, que serán la materia de su elogio. La condicion de Benito, y mucho mas su humildad, no le permiten aspirar al honor del sacerdocio. Contento con la humilde cualidad de religioso lego, no puede condescender en aceptar la de sacerdote del Señor, no obstante que se la ofrecen con instancia; pero sin este sagrado carácter que nos diviniza, y nos aproxima mas á la majestad divina, que otro cualquier medio, Benito tiene con Dios la mas estrecha union y las mas íntimas comunicaciones. Primera prerogativa que le distingue. Los humildes ejercicios de Benito le impiden el estudio de las ciencias: contento con saber á Jesus crucificado, ignora aquella ciencia que destruye la piedad, y viene á ser motivo de

vanidad y ostentacion; pero sin estos conocimientos que adquirimos con el socorro del arte, fué lleno Benito de las mas altas y puras luces, hasta poseer el don de dirigir las almas en el camino del cielo. Segunda prerogativa que le distingue. El estado humilde y pobre de Benito, le obligan á reputarse por el último y mas bajo en el trato de los hombres; contento con obedecer y depender, con sufrir y padecer, huye las aclamaciones y honores de este siglo; pero sin estos títulos especiosos, en que se funda la humana autoridad, Benito tiene un soberano y universal poder. Tercera prerogativa que le distingue. Así eleva Dios la debilidad cuando le agrada: la comunica su santidad, su sabiduría y su poder. Ella es baja por naturaleza, ignorancia en el espíritu, y debilidad en las manos; pero Dios eleva la bajeza de esta naturaleza, como lo hizo en san Benito por las intimidades mas santas: lo vereis en el primer punto. Pero Dios ilumina la ignorancia del espíritu, como lo hizo en san Benito con una ciencia toda divina: lo haré ver en el segundo punto. Pero Dios hace, por decirlo así, pasar á la debilidad de sus manos, como lo hizo con san Benito, su misma omnipotencia: lo mostraré en el último punto. Aprovechémonos de este bello ejemplo, é imploremos para esto el auxilio de aquella Virgen en quien el Señor obró cosas grandes, no obstante su humildad. *Ave Maria.*

PUNTO PRIMERO.

No hay estado que no haya dado santos á la Iglesia, y por consiguiente no hay estado en que el hombre no pueda santificarse. Pero ello es, que entre los estados de la vida hay algunos que nos unen con mas estrechez á Dios, que nos llevan á Dios por sendas mas derechas, y nos franquean con Dios un comercio el mas íntimo y el mas sagrado. Moises, retirado en el monte, donde recibió las tablas de la ley, estaba en disposicion mas propia para hablar con Dios, que Aaron encargado de la conducta del pueblo. El gran sacerdote en el santuario descubria con mas luz los misterios divinos que Josué mandando las tropas de Israel. Y por decirlo de una vez, el sacerdocio es un ministerio que imprime un carácter de santidad, que no tienen ni pueden tener todas las condiciones del mundo: misterio que nos diviniza, nos da derecho para elevar la lengua hasta el

cielo en virtud de las bendiciones místicas pronunciadas en el altar, y abrir de par en par sus puertas para hablar rostro á rostro con Dios, como un amigo habla á otro amigo, tomarle en sus brazos, estrecharle en su pecho... ¡qué sé yo que mas!

San Benito sin duda cumpliría con todos los deberes de este ministerio, y representaría á lo vivo la imágen de aquel sacerdote fiel prometido por Dios, que obraría siempre conforme á los designios de su corazón y de su alma, y viviría continuamente en la presencia del ungido del Señor: *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum, et animam meam faciet semper, et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus* (1). ¿Porque cuán dignamente no se acercaría á las sagradas aras? ¿Lo haría por ventura como aquellos, que fatigados con el vacío y amargura que dejan las pasiones, miran como reparacion de sus delitos un estado divino, que solamente es accesible á la inocencia? No por cierto: Benito no fué de aquella especie de pecadores que huyen del mundo, despues que el mundo los ha abandonado, y que sacrifican á Dios las reliquias de una vida moribunda, despues de haber sacrificado al placer la mas preciosa parte de la vida. En la vida de este héroe el principio y el fin todo fué santo. Dios fué el Dios de Benito, aun cuando no le conocia perfectamente. Los cielos y la tierra fueron los diestros maestros, que le descubrieron la grandeza del primer ser. ¡Oh, y con qué docilidad grabó en su corazón estas lecciones! Tocóle en suerte el inocente ejercicio que hizo feliz la suerte de los Abrahames, de los Moises, de los Dávides. Ocupado en apacentar el rebaño y ovejas de su Señor, se vale de la soledad, para fecundar su corazón con las sublimes ideas que ofrecen las criaturas á un corazón no manchado. En la inmensidad del cielo descubre la inmensidad del Ser eterno, en la estabilidad de la tierra la inmutabilidad de sus decretos, en la luz del sol el esplendor de su gloria, en los abismos del mar la profundidad de sus juicios, en el cúmulo de las criaturas unidas para componer el mundo la diversidad de perfecciones encerradas en la unidad simplicísima de Dios. Ideas embelesadoras, que le obligan á reputarse como un estólido jumento en la presencia de Dios, á rendirle los mas humildes homenajes, á convidar á los ángeles, para que canten con él entre los bosques los cánticos de Sion,

(1) *I. Reg. cap. 2. v. 25.*

y transporten al cielo sus alabanzas; á perderse en la grandeza del sumo bien, volar al cielo en las alas de su amor, de donde no volviera si no le llamára el corazón á cumplir con la obligacion de un criado asalariado.

¡Con qué cuidado vela sobre sus ovejas! ¡Pero con cuánta mas vigilancia aprende de ellas á velar sobre sí mismo! Su espíritu le dice lo que el esposo á la esposa: si no me conoces, sigue las pisadas de tus rebaños, y figúrate lo que debes ser á imitacion de lo que son. La sencillez, el candor, la mansedumbre, la humildad, el sufrimiento de estos animales, imágenes de un Dios sacrificado, son estímulos para que adopte aquella sencillez que mostró en todas sus acciones, aquel candor de alma, de que jamas quiso separarse, aquella humildad profunda, aquella mansedumbre inalterable en las circunstancias mas críticas, aquella virtud sólida, por decirlo de una vez, capaz de infundir emulacion á la ilustre memoria de los Pablos y Antonios. ¡Qué sacerdote hubiera sido Benito tan puro y tan inocente! *Suscitabo vobis sacerdotem fidelem.*

¿Miraría Benito el peso del santuario como aquellos que solo entran en él, porque piensan hallar grandes tesoros, no debiendo encontrar sino depósitos sagrados, destinados al alimento de las viudas y huérfanos? No lo creais: Benito, pobre por nacimiento, lo será por eleccion toda su vida. Mira los bienes del siglo como espinas que punzan el corazón, como quimeras que engañan á los que las juzgan realidades. Porque en efecto, ¿qué es lo que hace? Lo que Jeremías decia al pueblo de los Judíos: huíd de en medio de Babilonia. Dios le llama al desierto, prontamente rompe los vínculos de la carne y de la sangre: deposita en mano de los miserables lo que habia adquirido con el sudor de su rostro: nada pueden con él las halagüeñas esperanzas de un amo que habia puesto en él sus intereses y su confianza. Sale de su casa con mas desinterés que Jacob de la casa de Laban. Abraza la ley del serafin de Asís á la sombra de unos ermitaños, que por indulto de Julio III, observaban la regla primitiva del seráfico Francisco. Desde este punto la pobreza es su patrimonio, su herencia, su parte, su madre, su esposa, su compañera inseparable. ¿No llegó entónces á aquel grado de desnudez que forma el elogio de los Hilariones y Pacomios? ¿Pero un verdadero hijo de san Francisco deberá compararse á otro que á su Padre? ¡Qué desprendimiento tan com-

pleto! Él formaría en Benito un sacerdote fiel: *Suscitabo vobis sacerdotem fidelem.*

¿Se acogería por ventura á herencia del Señor, como aquellos que hechizados con los vislumbres de gloria aspiran á funciones brillantes, y se prometen en el sacerdocio, no la salud, sino la admiración y el aplauso de los pueblos? Glorias fugaces del mundo, vosotras lo sabeis, que Benito contento como Pablo con los abatimientos de la cruz, os miró como una escoria. ¡Qué espectáculo era ver á este hombre de bajo nacimiento, celebrado de los pueblos, visitado de los mas ilustres personajes, aclamado por la multitud de maravillas que Dios obraba por su medio; pero siempre humilde, enemigo declarado del engreimiento y de la ostentación, ocupado en los mas humildes ejercicios de la casa! La escoba, la cocina, son las ocupaciones que llaman su atención. Postrado sobre el sepulcro de santa Rosalía, implora con lágrimas su patrocinio, á fin de que los hombres le desprecien como al mas indigno pecador. Obliga por cuatro ocasiones á los religiosos á permitirle abandonar su habitación, y ocultarse mas y mas entre los bosques, porque no pueden conseguir que sosiegue su corazón mientras los pueblos le alaban y le invocan. ¿Pero adónde arrastró el pensamiento? Como del grande Aquiles, vencedor en su juventud de Troya, dijo el poeta: que lo que en otros es lo sumo del poder, fué el primer campo de fortaleza en Aquiles; así podemos decir de nuestro héroe, que hizo suyas las virtudes, y llegó en su juventud á aquel grado de perfección que forma el carácter de los santos en el fin de su carrera. ¿Y no sería este un sacerdote tan digno del ministerio, como Sadoc, que llenó los designios del corazón de Dios? *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum faciet.*

Sí, sacerdocio santo, tú hubieras añadido á las sagradas funciones un nuevo resplandor en la persona de Benito, si no hubieses encontrado en su baja condición, y mucho mas en su humildad una insuperable oposición á un estado sin controversia el mayor. Su cuna le persuade que en las disposiciones de la Providencia no ha sido destinado á iluminar, como lámpara encendida, en el monte de la Iglesia, sino á llorar oculto bajo el celemin. En vano el amor propio le presenta su estatua arrojando brillos de virtud: él no aparta los ojos del lodo en que está fundado. ¿Quién soy yo, decía? ¿No soy hijo de unos ne-

gros destinados á obras vulgares? ¿No traigo mi descendencia de la mas pequeña tribu, y mi familia no es de la última en Benjamin? *¿Numquid non filius Jemini ego sum, de minima tribu Israel, et cognatio mea novissima inter omnes familias de tribu Benjamin* (1)? Este conocimiento de su nada que admiró Samuel en Saúl, léjos de hacerle pensar, como aquellos que excluidos por las circunstancias de su nacimiento de las bendiciones temporales, sentidos como Esaú de perder la primogenitura, aspiran al sacerdocio para cubrir su oscuridad con sus brillos, este héroe de la gracia, léjos de pensar así, concluye que los mas bajos ejercicios deben ser su ocupación. ¿Sacerdocio? Ni lo pensó jamás. Desprecio, pobreza, ministerios de humildad, fueron sus pretensiones y su gloria. La constante práctica de santas operaciones es lo que le arrebató con emulación. Y he aquí lo que pone en tortura su humildad.

Ello es, que sorprendidos con su perfección, sus directores llegan á persuadirse que este hombre, bajo á los ojos de la carne, es elegido por Dios para ministro del altar. Los prelados proponen, el virey de Sicilia compromete su autoridad, los obispos se ofrecen á conferirle el sagrado carácter. ¿Por dónde podría Benito conocer mejor la voluntad de Dios, que por los intérpretes del mismo Dios? ¿Por qué medio podía santificarse mejor, que acercándose á las fecundas fuentes de la gracia, y de donde se comunica con abundancia á los ministros de Dios? Poderosas razones: ¿triunfarán de Benito? Ah! Ni la ambición le tienta, ni la grandeza le mueve, ni el empeño le vence. La humildad es demasiado ingeniosa para descubrir la propia indignidad. Tantas virtudes adquiridas no arrojan un resplandor tan luminoso que pueda esconder á los ojos de Benito su baja. Teme manchar con unas manos profanas el mas tremendo sacrificio. Confundido con la multitud, se postrará, como el publicano, rogará, llorará; pero dejará que otros se acerquen al altar en calidad de mediadores para hablar rostro á rostro con Dios, y presentarle la víctima de expiación.

Entre tanto Dios suple en Benito lo que impide su baja, y á lo que no se atreve su humildad. Lo dije, y no me arrepiento, que sin ser santificado mi héroe por el sacerdocio, hizo suyos todos los privilegios de la santidad, comunicándosele Dios de un

(1) *I. Reg. cap. 9. v. 21.*

modo que él no pudo esperar, ni desear, por hablar con san Agustín: *Tanta Deus in ipso fecit quanta ausa non est ipsius fides desiderare*. Ministros de Jesucristo, he aquí nuestra instrucción, y si me permitís decirlo, nuestra confusión. A las puertas del templo se encuentran almas piadosas, que gozan mas sensiblemente de la presencia de Dios que nosotros vecinos al tabernáculo, y teniéndole en los brazos. Si nos presentásemos en los altares conforme á la dignidad de nuestro carácter, ¿cómo experimentaríamos las sagradas comunicaciones que distinguen á san Benito de Palermo? ¡Oh, qué particulares fueron estas comunicaciones!

Los oradores cristianos tenemos la desgracia de no poder presentar mas que una imágen imperfecta de los santos. Solo penetramos los favores que han recibido del cielo por conjeturas, que descubren una parte, quedando la otra sepultada en el olvido. La humildad esconde en las tinieblas las sagradas comunicaciones entre Dios y sus santos. ¿Pero no podré yo correr por las escondidas cuevas de Mancusa, y por las piedras del monte peregrino, siguiendo las pisadas de Benito, recogiendo los suspiros con que hacia resonar la soledad, á fin de que me revelen los secretos que confió á estos lugares de su profunda oración? ¿No podré hacer hablar á la tierra con el Profeta, y preguntar al mar y á los altares? ¿Y por qué estos depósitos de sus votos, de sus lágrimas y de su sangre no podrán instruirme en lo que pasaba entre Dios y Benito; en los sacrificios que ofrecia de sí mismo, y que Dios recibia con agrado; en los raptos que le trasportaban, en las altas ideas de Dios que le arrebatában, en los deseos ardientes que le consumían, y en el sueño delicioso que gozaba en Dios? Así lleno de fe Benito como Abrahan, esperó contra toda esperanza; anonadado como Moises, descubrió grandes visiones; inflamado como David, se extasiaba en presencia del arca; lleno de santo amor, como Elías, se transporta por el aire; embriagado con celestiales dulzuras como Pablo, se dilataba su alma por la abundancia de consolaciones que la inundaban, y que no podia contener dentro del pecho.

Estos son misterios para nosotros, pero no son euteramente impenetrables. Mil veces se manifiesta en el exterior de nuestro santo aquel placer interior del espíritu, que nace de la posesion del bien amado, no de otro modo que el sol por medio de su calor y de la luz, produce y hace ver en las huertas

y jardines la belleza de las flores, y abundancia de los frutos. La serenidad inalterable que goza en las circunstancias mas críticas, cuando le llenan de oprobios y vejámenes, la unción y el fuego, que van unidos á sus palabras; la invariable aplicación á todos los ejercicios de María, sin faltar á los cuidados de Marta, nos muestran, que se comunicó Dios á Benito por medio de aquellas gracias de reserva y favores excesivos, llamados por san Agustín, deliciosos arrobos, que elevan las almas á un ser celestial y divino en los pensamientos, en las ideas, en los afectos: *Deliciae vittrices* (1). Los éxtasis, los deliquios, los ímpetus de su espíritu, las llagas repentinas de amor que recibe su corazón en la presencia de Jesus sacramentado, y que le obligan á pesar de su humildad á elevarse sobre sí mismo en la solemne procesion del Corpus: aquella copia de luces, aquellos globos de fuego que le coronaban cuando permanecia al pié de los altares, como Moises al bajar de la montaña santa: aquellas visitas de los cortesanos del cielo, que le eran tan frecuentes: estos son indicios de que Dios infundió en su alma aquellas gracias de ternura, que llama el Espíritu santo lluvias angélicas del dulcísimo néctar y rasgos de una gloria anticipada: *Mamila Regum lactaberis* (2). ¿Pero qué no nos muestra aquella presencia rara y extraordinaria en la que, bajo el aspecto de niño, se hizo Dios visible á su favorecido siervo, introduciendo por las puertas de los sentidos todo el paraíso en lo interior de su alma? ¿Quién podrá explicar la íntima comunicacion con que trasladó al corazón de este humilde negro las delicias de los comprensos? Abríos cielos, haced corte, serafines, apresurad vuestro vuelo, habitadores del Empíreo. El pequeño Jesus en brazos de su Madre deja la luz inaccesible donde habita, y viene á la tierra á transformar en el doméstico paraíso la pobre celda de un negro por nacimiento; de un lego por instituto. Parece que quiere nacer segunda vez, para hacerse mas amable á su favorecido Benito. Descansa en sus brazos, se recuesta sobre su pecho... ¡Ah! que una lengua mortal jamas podrá explicar la dulzura de esta comunicacion. Benito se transforma en Jesucristo, se eleva, se diviniza, toma un nuevo ser, nueva vida, comienza un nuevo orden de operaciones: *Vivo ego, jam non ego* (3). No es difícil persuadirse á que se co-

(1) *S. Aug. lib. de peccat. merit. et remissione, c. 19.*

(2) *Isaia, c. 6. v. 10.* (3) *Ad Galat. c. 2. v. 20.*